



FERNANDO TORRES
EDITOR

SERIE ARTE/ COMUNICACION

**ARTE E IDEOLOGIA
DEL FASCISMO**
Umberto Silva.

**EL ARTE
MODERNO (1770-1970)**
Giulio Carlo Argan.

**LA GALAXIA
McLUHAN**
Pedro Sempere.

**IDEOLOGIA Y LENGUAJE
DE LA PUBLICIDAD**
Lamberto Pignotti.

SERIE CINE: TEXTOS CINEMATOGRAFICOS

EISENSTEIN/DOVJENKO
Guido Aristarco.
Notas: J. Pérez Perucha.

DESCRIPCIONES FILMICAS

**ESCENAS
DE UN MATRIMONIO**
Ingmar Bergman.

SERIE INTERDISCIPLINAR

OBJETOS Y PALABRAS
Fernando Montero.

**CULTURA Y EXILIO:
"ESPAÑA PEREGRINA"**
Francisco Casald.

**ESTATUTISMO
Y VALENCIANISMO**
Alfonso Cucó.

**LOS PNN Y EL CONTRATO
LABORAL
COLECTIVO
POR UNA COMUNICACION
DEMOCRATICA**
Jorge de Esteban.

**ARTE Y COMPROMISO
HISTORICO**
Vicente Aguilera Cerni.

SOBRE LA PINTURA
Leon Battista Alberti.

**FUNCION SOCIAL
DEL CARTEL**
José Renau (En preparación).

**MOVIMIENTO OBRERO
EN EL PAIS VALENCIANO
(1939-1975)**
Colectivo (En preparación).

Visítanos en el "stand" 148
de la Feria del Libro
de Madrid.

Nicolás, no obstante, le trató siempre con respeto y sintió su muerte "como algo que fuera propio". ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

La mirada de Leonardo

Lo fue todo, insaciable: fue las fortificaciones ingeniosas que defienden los reinos de los hombres y los músculos contraídos del caballo que caracolea; fue el negro aquilón de la ola tormentosa y la sonrisa enigmática de una dama distraída; fue las matemáticas y la paciente anatomía; fue los emblemas astrológicos, el nuevo Icaro que vuela sin temor al sol y el paradójico barco que navega bajo las aguas. ¡Tantas cosas tuyas que jamás veremos! Los chisporroteantes artilugios, ricos en autómatas y estrellas artificiales, con los que animó las fiestas de Ludovico el Moro; o aquella enorme escultura equina —el caballo más imponente del mundo— cuya sombra aplastante jamás fatigará la tierra... Lo fue todo, digo; pero en último término quiso ser esencialmente un ojo, ese ojo alimentado de luz para el que se tejen las formas y los colores que la suave sombra crepuscular difumina, el ojo hasta el que se prolongan las líneas de todas las perspectivas y para el que prodigan los astros su fulgor apagado hace milenios. Al exaltarlos se entusiasma: "Aquí —en el ojo— las formas, aquí los colores, aquí los caracteres del Universo todo son reducidos a un punto; pero ¡un punto de tan grande maravilla! (...) Estos son los verdaderos milagros...". Todo está en el ojo, como todo está en todo; pero el ojo es el nódulo esencial por el que el microcosmos se aprehende a sí mismo, el Aleph cuya transparencia todo lo encierra y todo lo difunde. Es el gran espejo del mundo, en el que se refleja la cambiante Naturaleza, el ajado y siempre nuevo rostro de Dios. Ese ojo es la mirada de fuego del artista, ante cuyo industrioso éxtasis sonríe la modelo con una discreción que emblesará a los siglos.

En su "Tratado de pintura", Leonardo da Vinci es fiel a dos tradiciones complementarias: la de los grandes teóricos renacentistas del arte pictórico —Cennini, Alberti, Piero della Francesca, Filarete...—, cuyas ideas más acertadas aspira a compendiar en una suma de universal validez, y su propia vocación empi-

rista y matemática, que le había llevado a tan sorprendentes logros en todos los campos en que la había ejercido. Su exquisita sensibilidad artística se acompaña de una capacidad de observación y de un gusto por el razonamiento inductivo que le sitúan entre los más válidos precursores de la moderna ciencia experimental. Al teorizar sobre la pintura pretende en realidad describir todas las virtudes del ojo: "La pintura comprende los diez atributos todos del ojo, a saber: tinieblas, luz, cuerpo y color, forma y posición, lejanía, proximidad, movimiento y reposo". Con subjetivismo prekantiano, sitúa en el foco de observación las cualidades que tradicionalmente se consideraban propias de lo observado: la finura de su naturalismo experimental no le hace en modo alguno minusvalorar el poder formativo de la mirada. El "Tratado de la pintura" es un conjunto de fragmentos, una obra quizá no tanto dispersa —también lo es, por muy diversas incidencias de los siglos— como abierta, en su intento de abarcar todos los enfoques, doctrinas y detalles técnicos. Obra en este sentido imposible, fracasada desde su proyecto mismo, pero que, sin duda, debe mucho su interés a su desmesurado propósito de constituir una completa ciencia de la pintura o, mejor, una teoría universal de la pintura como ciencia. Tras un parangón —género casi más medieval que renacentista— entre la pintura y otras artes, como la poesía, la música o la escultura, comparación en la que la primera sale siempre bien parada de los sucesivos enfrentamientos, Leonardo pasa revista a la perspectiva, las luces y las sombras,



Leonardo da Vinci.

los colores, los elementos del cuerpo humano, la paisajística, etc. Observaciones centelleantes se acompañan de briznas de una sabiduría más humilde y práctica, en la que puede admirarse la sencilla aplicación artesana y la curiosidad que nada desdeña, en las que se fundan los más sublimes vuelos del genio artístico.

Numerosos avatares históricos se conciliaron contra esta obra, que no fue editada hasta el siglo XVIII, aunque los diversos manuscritos fragmentarios que la componen circulaban por los países europeos desde la muerte de Leonardo. La ordenación de los distintos materiales textuales y gráficos es cuestión controvertida; por otra parte, el sentido exacto de muchos de los apuntes es difícil de precisar para el profano sin el necesario complemento crítico y erudito. Por esto debe recibirse con verdadero agradecimiento la excelente edición del "Tratado de pintura" que nos brinda el profesor Angel González García, de la Universidad Complutense, gran estudioso y gran enamorado del Renacimiento italiano (1). Angel González ha compulsado las mejores ediciones críticas de la obra, estableciendo un ordenamiento de textos sumamente razonable y fundamentado, así como ha dotado a ésta versión de una excelente introducción y unas notas que además de facilitar notablemente la intelección del texto en sus puntos oscuros, lo conectan constantemente con la fascinante cultura de esa época privilegiada. El elegante y bello castellano en que ha traducido la obra de Leonardo es un auténtico refrigerio entre tanta miseria verbal como nos imponen los traductores de obras que destacaron precisamente por la riqueza opuesta. El libro aparece en la "Biblioteca de la literatura y el pensamiento universales", de Editora Nacional, meritoria colección cuyo director y animador, Jerónimo Gonzalo, se ha visto privado de su empleo —como varios otros de los más valiosos elementos de esa santa casa— probablemente como agradecimiento por haber intentado hacer de Editora Nacional algo más que un archivo de jaculatorias y proclamas. Es reconfortante comprobar que, en este país, el Estado siempre da en las empresas que de él dependen útiles lecciones de sentido social y ética a la empresa privada.

■ **FERNANDO SAVATER.**

(1) "Tratado de la pintura", de Leonardo da Vinci, ed. de Angel González García, Editora Nacional, 1976.